

principal argumento en contra, en las diferencias epidemiológicas y ecológicas de la tercera pandemia con respecto a las dos anteriores, sin tener en cuenta las precisiones de Carniel. Ambas contribuciones son, en cualquier caso, muy cuidadosas en el análisis de las fuentes y se agradece la claridad en la exposición de sus tesis que desmontan uno por uno los argumentos contrarios. Menos clara resulta la idea que guía el trabajo de Ann Carmichael sobre el lenguaje de la peste que encuentra en relatos contemporáneos y tratados de peste. El análisis de más de setenta tratados de peste compuestos en latín entre 1360 y 1500 y de un estudio de caso (la peste de Milán entre 1452 y 1522), lleva a esta autora a revalorizar la sintomatología clínica, en especial, la presencia de bubones como el signo patognomónico de peste en el mundo medieval y como argumento para apoyar la etiología de la *Yersinia pestis* para esta pandemia. Sugerente, pero claramente no desarrollada para el caso particular de la peste, resulta la breve contribución de Kay Peter Jankrift que invita a reflexionar críticamente sobre las fuentes y llama la atención sobre la necesidad de hacer estudios regionales comparados para una historia de las enfermedades epidémicas.

El volumen se acompaña de un índice detallado; pero, donde, por esos juegos del inconsciente, falta la entrada correspondiente a *Alexandre Yersin*!

Vivian Nutton, editor de la monografía, aclaraba en la introducción que el objetivo de este volumen no era fijar una solución sobre la identidad de la epidemia que conocemos como Peste Negra y las magras conclusiones de la discusión confirman la dificultad en llegar a puntos de convergencia, salvo aquellos que señalan la dificultad de la tarea. Imaginemos, sin embargo, que en un futuro próximo se llega a una solución, a favor o en contra. ¿Qué novedosas preguntas de relevancia historiográfica nos plantearíamos en este nuevo escenario? Pienso que ninguna. ■

Fernando Salmón, Universidad de Cantabria

Serge Gruzinski. *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation.*

Paris: Éditions de la Martinière, Seuil (collection «Points», H358); 2004, 556 p. [Edición ilustrada: Éditions de la Martinière; 2004, 480 p. ISBN 9782846751049, € 35].

Serge Gruzinski suele hacer libros con una estructura especial, donde un prólogo o un epílogo transportan a sus lectores a los momentos de inspiración que la actualidad más inmediata ofreció al autor para fraguar la escritura de cada libro. Lo hizo años atrás en *La guerra de las imágenes* (1990), donde el mundo de Cristóbal Colón en 1492 se relacionaba con el de *Blade Runner* en un —cada vez más cercano— año 2019. Volvió

a hacerlo en *El pensamiento mestizo* (1999) a partir de hechos acaecidos en 1997 en la Amazonía brasileña y en la ex-Alemania del Este. Lo hace en esta, su última obra, cuando evoca una procesión brasileña de 2001, tras los atentados del 11-S, en el prólogo («*La Vierge et les deux tours*», p. 9-14), y la trilogía fílmica de *Matrix* en el epílogo («*De Matrix a Camoës*», p. 441-446) al interpretar el sentido de una proyección mundial simultánea de la película frente a un «puñado de creaciones locales que resisten a la estandarización del espectáculo y del imaginario» (p. 444).

Esta estrategia no está relacionada solamente con una *captatio benevolentia* del lector que encuentra así elementos que le sirven de «atracción» hacia el tema que realmente va a tratar el autor, sino que debe sobre todo ponerse en relación con el juego académicamente heterodoxo que Gruzinski suele proponer a los lectores, sin por ello despegarse ni un ápice del rigor intelectual y la exigencia formal de las publicaciones académicamente más convencionales. No parece necesario confesar la «atracción» que este reseñador siente por este tipo de propuestas. Me limitaré a señalar que la noción de atracción —como se verá al final de estas líneas— forma parte del modo de pensar y de escribir de Serge Gruzinski, de relacionarse con su tema de estudio, de establecer puentes con sus lectores y, en una suerte de autoreflexión, de su manera de interpretar las fuentes históricas que sostienen su edificio interpretativo, en especial las imágenes. La cultura visual es, así, *leit motiv* de sus inspiraciones y espina dorsal de su hermenéutica.

Gruzinski es un historiador que ha desarrollado en los últimos veinte años una de las obras más interesantes y originales relacionadas con las consecuencias de la expansión colonial emprendida por castellanos y portugueses a finales del siglo XV. Su primera brillante aproximación fue *La colonización de lo imaginario* (1988), que fue seguida de la ya citada *La guerra de las imágenes* (1989). Una década más tarde, dio a luz una imprescindible investigación sobre las formas y los mecanismos del mestizaje en el mundo amerindio del siglo XVI, en *El pensamiento mestizo* (1999). A diferencia de estas obras, todas ellas traducidas al español (Fondo de Cultura Económica las dos primeras y Paidós la tercera) y al portugués (Companhia das Letras) esta «historia de una mundialización» referida a la globalización ibérica en manos de «la Monarquía Católica» entre 1580 y 1640 no ha sido todavía traducida ni en castellano, ni en portugués.

¿Puede un indio ser moderno? (p. 22). Las primeras páginas de Gruzinski están dedicadas al Diario que Domingo Chimalpahin, de origen chalca, llevó a lo largo de casi toda su vida y en el que consignaba todo lo que pasaba en México y todo lo que llegaba (en forma de noticia, de personaje o de mercancía) a su ciudad. Es el mundo de finales del XVI y principios del XVII visto desde México. Chimalpahin igual habla de la masacre de frailes en Japón (1597), que de la muerte de Enrique IV de Francia (1610), de las embajadas japonesas que pasan por la ciudad (1610 y 1614, ésta última camino de Roma) o de las explicaciones científicas que circulaban sobre el eclipse de 1611. La primera consideración de Gruzinski es que «el indio Chimalpahin es un escritor mestizo» (p. 29); consciente de ser súbdito del rey más poderoso de la tierra, a quien llama

Cemanahuac Tlahotihuani (señor universal), se (re)presenta a sí mismo como un sabio indígena que ha optado por el cristianismo, marcando distancia de sus huehuetque (ancianos), pero también de los sabios europeos, una «doble distancia» que «es uno de los indicios de esa modernidad planetaria que trataremos de ir delimitando al hilo de estos capítulos» (p. 22).

En efecto, ése es el principal hilo conductor del libro: rescatar para una historia diferente una serie de personajes y espacios sistemáticamente marginados, cuando no ignorados, en la narración eurocéntrica de la modernidad, que se inicia en el Renacimiento. Si modernidad es en el siglo XVI tomar distancia del saber antiguo con respecto a lo que lo que acontece en el mundo, Gruzinski recuerda que «lo que está pasando» es que los ibéricos lo han globalizado, al conectar por vez primera los cuatro continentes (*les quatre parties du monde* del título del libro). Por eso, a los modernos habría que encontrarlos entre los «expertos» puestos al servicio del imperio ibérico (especialmente en el período 1580-1640, la época de unión de las coronas de Castilla y Portugal). Esos expertos pueden ser europeos, criollos americanos o mestizos como Chimalpahin. A ellos dedica Gruzinski tres capítulos fundamentales en la tercera parte de la obra, titulada «Las cosas del mundo»: los expertos de la Iglesia y de la corona (cap. 7, p. 179-199), los de los saberes del mar, de la tierra y el cielo (médicos, cosmógrafos y pilotos, ingenieros y «propagandistas» de la monarquía (cap. 8, p. 200-220) y «las primeras élites mundializadas» (cap. 11, p. 276-311), encargadas de la expansión política, religiosa, científica, económica y artística del proyecto ibérico.

Las dos partes que preceden a ésta están constituidas por seis capítulos en donde nos presenta con brillantez el logro de «la mundialización ibérica» (primera parte, caps. 1-3, p. 15-84) y los mecanismos por los que los distintos mundos preexistentes se «encadenaron» mediante la acción de marinos, soldados, frailes, médicos, cosmógrafos y comerciantes, especialmente en los nuevos espacios urbanos creados por los colonizadores, escenario principal de las «vías tortuosas del mestizaje» (segunda parte, caps. 4-6, p. 86-175). El material sobre el que se basa son imágenes, personajes y textos gestados en la inmensidad de los espacios del proyecto imperial ibérico, que dio lugar a una nueva geografía del mundo, espacios locales que al aunarse a la dimensión imperial fueron proyectados en lo global. Como siempre en Gruzinski, las imágenes ocupan un lugar modular como fuente de demostración. La expansión ibérica activó una concordancia de tiempos entre Europa, Asia, África, y América que los contemporáneos llamaron Monarquía Católica y que dio lugar a un inmenso arsenal de representaciones en imágenes y textos, generalmente presentados como marginales, exóticos o periféricos por los historiadores.

Pero, en mi opinión, es en los cinco capítulos de la cuarta parte («La esfera de cristal», p. 315-440) donde la capacidad de interpretación sugestiva de Gruzinski alcanza su cima. Una vez descritos los escenarios y los protagonistas de la mundialización ibérica, es necesario desentrañar sus límites, arrojar luz sobre el mecanismo esencial

que la sustenta: el poder imperial y sus bases intelectuales irrenunciables. Existen territorios en donde el mestizaje no tiene lugar, espacios vedados por el poder imperial; la globalización del corpus teórico y del pensamiento abstracto, sobre los cuales se sustenta el imperio, no admite brechas. La planetarización del Renacimiento europeo admitió, ciertamente, el uso de ciertas técnicas locales, pero el resultado debía ser impecablemente occidental. El mestizaje se atenúa, o desaparece, ante las exigencias de las élites urbanas que piden sean aplicadas las convenciones europeas. Entre ellas, Gruzinski da especial relieve a las formas del aristotelismo, los grandes principios del razonamiento, las categorías fundamentales y la idea de naturaleza que impregnan los espíritus, moldean el pensamiento y guían la acción. La occidentalización es una empresa de dominación de otros mundos a través de la colonización, de la aculturación y del mestizaje; como gráficamente escribe Gruzinski: «Globalización y occidentalización son las dos cabezas del águila ibérica». Y lo que se aparta del modelo globalizado es enviado a la categoría de «exótico» o «primitivo». Lo emocionante para el autor (y para este lector) es seguir descubriendo las realizaciones (en cualquier ámbito cultural: la cartografía, la práctica médica, la poesía o al arte religioso) que demuestran cómo en los siglos XVI y XVII fue posible la plasmación de un pensamiento mestizo, fuera de la esfera de la globalización, siempre en los confines de la occidentalización. Realizaciones, que, por ello, no son reconocidas como parte integrante del acervo científico, religioso o artístico de occidente, que no han sido incorporadas a la Historia. Con la ayuda de algunos de ellos Gruzinski nos propone desde hace dos décadas descubrir algunos más e imaginar otra historia diferente.

A lo largo de su obra, Gruzinski se muestra beligerante hacia la historiografía eurocétrica, pero también hacia otras corrientes alternativas. Desde luego, incita al abandono de las historias nacionales, especialmente en América, pero no sólo, como señala al rechazar la patética ignorancia mutua de los historiadores ibéricos (historias coloniales de españoles sin portugueses y viceversa). Pero también invita a ir más allá de la visión del genocidio de los vencidos y de los discursos engarzados en torno del «Nosotros» y del «Otro»: nociones que, según Gruzinski, son «un producto de la mente de ciertos intelectuales que se benefician del oscurantismo y de académicos adeptos a lanzar modas efímeras». Asimismo, rechaza la *World History* altamente sospechosa de preocuparse por problemas y sucesiones de hechos tejidos en Occidente. En cuanto a la microhistoria (o la micro-ethnohistoria) «no ha contribuido nada a ensanchar nuestros horizontes» (p. 33). Por lo que se refiere a otras modas —quizá no tan efímeras— me limitaré a transcribir la nota 65 (p. 450): «Aux États-Unis, depuis les années 1980, les cultural studies, les subaltern studies et les postcolonial studies ont dénoncé une histoire que ne serait que la projection de l'Occident, de ses catégories ou de ses fantasmes sur la reste de la planète. Non sans raison ni sans hypocrisie, car l'ethnocentrisme idéologique et linguistique des universités américaines est tout aussi inacceptable pour l'historien européen ou latino-américain».

Gruzinski no niega, sin embargo, que el estudio de la modernidad sea inseparable del de la colonialidad (como en sus obras ha venido insistiendo Walter D. Mignolo). Pero no se trata de algo simple. A lo que se opone su propuesta historiográfica es a «la idea de que existiría una historia del mundo susceptible de integrar los diferentes pasos de las sociedades humanas en el seno de una narración unificada y desde un punto de vista único» (p. 452). No parece impertinente considerar que la historia de la ciencia como narración unificada y de perenne ambición universalista está incluida en este serio cuestionamiento.

La monarquía católica entre 1580 y 1640 es el «teatro de observación» elegido en esta ocasión por Serge Gruzinski. *Les quatre parties du monde* trata de descubrir cómo determinados elementos culturales actuaron de *attracteurs* entre creencias, costumbres o conceptos amerindios, asiáticos, africanos y europeos, dando así lugar a innumerables historias conectadas que conformaron la construcción de las sociedades coloniales ibéricas. Inspirado en esa noción de las *connected histories*, que Gruzinski toma de Sanjay Subrahmanyam, propone su tarea como una actuación «a la manera de un electricista que vendría a reparar lo que los historiadores han desconectado». ■

Josep Pardo, IMF-CSIC, Barcelona

Tara Nummedal. *Alchemy and authority in the Holy Roman empire*. Chicago: The University of Chicago Press; 2007, xvii + 260 p. ISBN 978-0-226-60856-3, \$ 37,50.

Cuenta Konrad Gesner, en su *Thesaurus de remedii secretis* (Zurich, 1552), que la verdadera extracción de la quintaesencia de las flores, hierbas y raíces pasa por recogerlas bien maduras, en tiempo sereno, con luna creciente, ya casi llena; lavarlas y cortarlas cuidadosamente en trocitos; fermentarlas en alambique ciego, dentro de estiércol de caballo, durante un mes; destilar el resultado de la fermentación en un alambique con nariz, en baño María; triturar las heces resultantes y, tras añadir agua destilada, macerarlas en estiércol y volver a destilarlas; repetir el proceso una vez más y, acabada la cuarta destilación, colocar todo en un vaso circulatorio cerrado y proceder a destilarlo por quinta vez. Cinco destilaciones consecutivas destinadas a ir eliminando impurezas y seleccionando lo más puro de cada sustancia, su verdadera esencia y razón de ser. Algo similar podría decirse del libro que nos ocupa. Como si de un preparado alquímico se tratara, *Alchemy and authority in the Holy Roman empire* es el resultado de las sucesivas purificaciones que se han ido haciendo en la historia de la alquimia. Atrás quedan los difíciles tiempos en los que Walter Pagel, Frances A. Yates, Allen G. Debus o